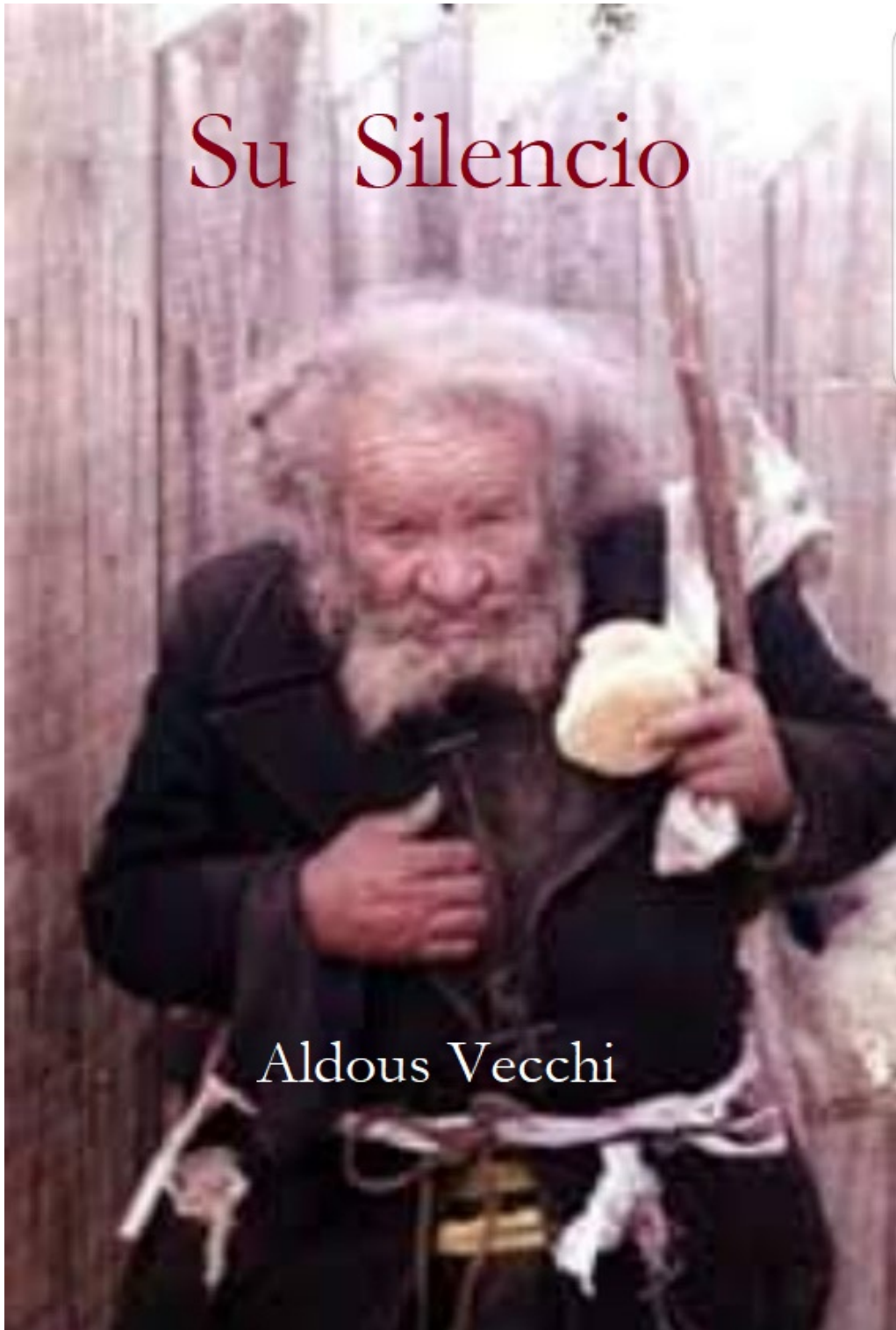


Su Silencio

Aldous Vecchi



Capítulo 1

Cuando le miré por primera vez, un profundo calofrío recorrió mi cuerpo, inaugurando así el terror como el verdadero motor de mi curiosidad infantil. Aquella mañana veraniega estaba en casa de mis abuelos, dónde solían enviarme mis padres de vacaciones durante semanas para recuperar energías estudiantiles, y ellos, la escasa paz del hogar.

Le vi de pie junto a la puerta de calle con la vista perdida en el horizonte. Vestía en forma andrajosa cubierto por un grueso abrigo de corte militar que anudaba con una cuerda en medio de su cuerpo a modo de cinturón, el que daba la impresión de haberlo usado desde siempre. Una surcada y oscura piel, curtida por largas jornadas bajo el sol, contrastaba con su desgredada barba y largo cabello, blanqueados por los años que parecía cargar consigo.

En ocasiones posteriores pude constatar que esa postura inmovible, que impresionaba como de alguien ausente, con su mente puesta en otro lugar, era habitual en él. Al mirarlo, nunca se sabía cuánto tiempo llevaba en la calle parado junto a la puerta, debido a que sus pies descalzos no hacían ruido al caminar y él practicaba un riguroso mutismo, de modo que era casi imposible oírle llegar; de hecho se podría decir que no llegaba, se aparecía.

Durante el lapso que permanecía así frente a la puerta de calle, ni un solo gesto se hacía evidente en su cara, asemejándose a esas estatuas vivas que se suele ver pintadas de blanco o de color cobrizo en las plazas del centro de la ciudad. A su derecha, remedando la postura distante de su acompañante, aunque dejando entrever un aire de cierto orgullo, lo flanqueaba una ruda perra bóxer, que, en lugar de mirar al horizonte como su amo, con la misma rigurosidad fijaba la vista en su rostro.

Ese día, como muchos otros que vinieron después, desde el otro lado de la sala caminaba mi abuela con un recipiente con comida para él, la que debía ser del día anterior, ya que aún no comenzaba con los preparativos de cocinar. ¡Hola Chundo! Le dijo, sin lograr con ello movilizar ni un solo músculo del rostro del visitante. Al acercársele mi abuela, él desvió su mirada hacia el suelo, casi como un gesto de reverencia, y le extendió su brazo izquierdo, del cual pendía una lata tiznada atada por un alambre, la que, en un ejercicio de involuntario reciclado, parecía cumplir el doble propósito de ser recipiente de almacenamiento y de utensilio de cocina, la cual, con toda seguridad, él ponía directamente a la llama de cualquier fuego apurado para merendar. Al segundo de haber caído la última porción de comida en su improvisada lonchera, Chundo inició su acelerada marcha, nuevamente vista al frente, y calle abajo. La perra bóxer que lo acompañaba miró a mi abuela, de quien recibió como respuesta una sonrisa y un trozo de pan fresco de la mañana, iniciando tras su amo,

también ella, el descenso apresurado por la calle "del cañón". En su camino de regreso hacia la cocina, mi abuela giró su mirada hacia mí y en un tono resignado, comentó: así es como lo prefiere Chundo. ¡Que la comida se la den en esa lata toda roñosa!

Los días posteriores anduve algo retraído y silencioso, lo que pronto notó mi abuelo. ¿Por qué ha andado tan callado? Lo noto pensativo -me dijo (él tenía eso de la gente antigua de tratar de usted incluso a los niños pequeños), y entonces agregó- el silencio no siempre es la expresión de quien no tiene nada que decir; en ocasiones, es la expresión de quien sabe el real valor del silencio. "Uno es amo de su silencio y esclavo de sus palabras", dice el refrán. ¿Se quedó pensando en el Chundo? - agregó acertadamente, con esa experiencia de escuchar leyendo los ojos- Siéntese acá, acomódese al fogón -me indicó con su mano-, le voy a contar una historia que le va a dejar más claro el por qué Chundo eligió permanecer en silencio.

Y como el buen pastor que dialoga con su rebaño, con voz calma comenzó su narración. Hace bastantes años ya, cuando junto a muchas familias jóvenes recién nos establecíamos en este barrio e iniciábamos los trabajos de construcción de un colegio para los más pequeños, vimos aproximarse a una persona en bicicleta. Era un hombre joven, de poco más de 30 años, más menos como casi todos nosotros. Me llamó la atención que vistiese un grueso abrigo a media tarde, cuando aún el sol abrazaba, y que además así vestido, pudiese montar en bicicleta, pero más me impresionó lo que luego él diría. Me contó -continuó mi abuelo- que era médico, que se había incorporado hacía pocas semanas al hospital y que quería ver la forma de atender a personas desplazadas del sistema sanitario creando una especie de consultorio médico gratuito. Nos pareció entonces que era como un ángel caído del cielo, ya que recién comenzábamos como familias y había allí mucha necesidad. Una vez difundida la propuesta entre los vecinos, se acordó darle todo el apoyo posible al nuevo amigo de la comunidad. Juntando la energía y las manos de todos, algunos recursos extras obtenidos por donaciones y el aporte de casi un tercio del dinero por parte del mismo médico, habilitamos una salita junto a la escuela que se usaría para las "atenciones de salud" como él solía llamarlas. Cada día, durante varias semanas entrada ya la tarde, siguió llegando montado en su bicicleta y arropado con su abrigo de corte militar -de esos que tienen botones al frente, tipo cosaco- artículos que prontamente dejaba a un lado y comenzaba a martillar, como uno más de nosotros. El nuevo compañero de trabajo no era particularmente amigo de las bromas, aunque a veces igualmente sonreía con alguna frase inocentona que le pareciera simpática. En alguna oportunidad, una voz curiosa le preguntó si no tenía familia que le extrañara por las tardes, ya que se venía desde el hospital a trabajar con nosotros, y él les respondía que sí; que en casa le esperaban su joven esposa y una hijita pequeña, pero que éstas entendían que él no tenía otra opción que hacer lo que debía hacer. Que así lo había conocido la que luego sería su mujer,

y que él ya estaba viejo para cambiar su forma de ser, aunque reconocía que le dolía el alma el dejarlas en casa cada mañana. Una vez terminadas las obras, comenzó a atender en el improvisado consultorio que se fue poco a poco poblando de equipamiento médico, comenzando con una camilla dada de baja en algún otro lugar y que cobró nueva vida gracias al esmalte y a una brocha semigorda, seguida de un aparato toma de presión arterial y coronada por la presencia de un voluntariado de mujeres dueñas de casa, que agradecidas de su trabajo querían de algún modo devolver la mano. Toda la comunidad le quería. Cuando los niños del colegio acudían a sus controles de salud, le llevaban de regalo dibujos en los que él aparecía con su bata blanca montado en una bicicleta voladora o también para las festividades de fin de año, la dibujaban remolcada por renos cual trineo navideño. Fue por aquel tiempo cuando uno de los pequeños del jardín de infantes, al no poder pronunciar adecuadamente su nombre de pila, Segundo, inocentemente le puso su apodo al llamarlo "Dr. Chundo". Una de aquellas laboriosas jornadas en que llovía copiosamente y su abrigo estaba ya más húmedo que el mismo cielo, le invité a tomar un café a nuestra casa y él accedió. En una plática breve pero intensa, me dijo: seguramente así debía sentirse de satisfecho Anton Chéjov después de construir las escuelitas en el Mélijovo de la Rusia Zarista, aunque próximo a Moscú -agregó- con seguridad la nieve remplazaba la invernal lluvia nuestra. Me comentó luego, que era su escritor favorito por ser también médico, y que desde que se había enterado, se había hecho seguidor de las obras del dramaturgo ruso. Que incluso el abrigo que tanto le gustaba vestir, lo había comprado porque se asemejaba a los usados por los militares en la obra de teatro "las tres hermanas", aquella en que las tres hijas de un recientemente fallecido comandante reciben en su casa a oficiales de un regimiento cercano, los que se retan a duelo en medio de su duelo (el de las hermanas, me aclaró y rio de su propio juego de palabras). Yo le dije -continuaba mi abuelo- que de Anton Chejov sólo había leído "la dama del perro", en el que desarrolla la idea de una mujer casada enamorada de otro hombre a la manera Anna Karenina, novela de su amigo León Tolstoi. Él finalmente agregó que el gran Tolstoi había llegado a admirar también el realismo de la escritura de su joven amigo médico. Cuando la lluvia amainó, miró la hora y junto a caballerosas disculpas por tener que marchar, tomó su abrigo ya algo más seco, su bicicleta y comenzó a rodar calle abajo rumbo a su casa donde con seguridad lo esperaban con ansias su esposa e hija. Años después de aquella velada, pensé que Segundo había sido visionario respecto a nuestra amistad, ya que luego de esa conversación vinieron muchas otras que fueron cimentando mi admiración hacia la amplia cultura que poseía nuestro galeno. También pensé que ojalá él hubiese podido anticipar en esa visión lo que después ocurriría y que ahora le voy a contar, aunque esto sólo lo supe por terceras personas y a través de los medios de prensa, que le dieron amplia cobertura a los dramáticos acontecimientos que fueron sucediéndose.

Los periódicos narraban entonces, que "interrogados por la policía, los testigos declararon que aquella fría noche de invierno, el Dr. Segundo Muñoz Bolaño había sido visto salir de su casa para atender a un anciano enfermo a sólo tres cuadras de su casa, y en el momento en que caminaba de regreso a su hogar, el bandido apodado "el chacal" daba muerte sin piedad a su esposa y a su hija de tan solo 5 años, intentando acallar el robo de 20 pesos y un reloj de cadena que se encontraba sobre la mesita de noche. Al entrar el médico a su morada, y después de descubrir el cuerpo ya sin vida de su pequeña hija, habría sorprendido al asesino revisando los cajones del mueble de guardar ropa en el dormitorio, y trezándose en una lucha a muerte, finalmente, con un abrecartas tomado del escritorio de la habitación, le dio término anticipado a la mala vida del Chacal". Hacían referencia en las notas de prensa que, ya amaneciendo, la policía había encontrado al médico abrazado a los cuerpos sin vida de su esposa e hija en un baño de sangre. Días después relataban que aquella noche el Chacal había burlado una reclusión nocturna impuesta por la justicia y comentaban que madre e hija estarían vivas si se hubiese aplicado el rigor de la ley en los juicios previos del Chacal, reflatando la vieja discusión sobre si debiese o no existir la pena de muerte. Que fue en defensa propia, concluyó la investigación, y Segundo quedó en libertad.

Yo imaginaba, por aquel entonces, que muchas preguntas debieron pasar por la cabeza de Segundo. ¿Cómo llamarlo defensa propia, si realmente no logras defender a tu propia familia? ¿De qué sirve esa defensa propia cuando arrancan de cuajo a quienes amas y ya nunca más estarán contigo? ¿Qué sentido tiene quedar vivo y en libertad, si la culpa que sientes reduce el mundo al breve espacio en que ahora solo habita el dolor? También imaginaba que por sus pensamientos pasó el terminar abruptamente con su vida, como lo había hecho el personaje Konstantin Tréplev, en "La gaviota" de Chéjov y no esperar morir lentamente como lo hizo de tuberculosis su admirado dramaturgo, tan magistralmente descrito por Raymond Carver en su cuento "tres rosas amarillas". Pero aquello no era propio del Segundo que conocimos. Un acto como aquel le hubiese arrebatado, junto con su vida, toda la culpa que él creía merecer por el tiempo desaprovechado al no estar con aquellas que tanto amaba y que más lo necesitaban. Una muerte abrupta lo habría aliviado del dolor que acompaña al encierro autoimpuesto en la propia mente, y él no merecía tanta indulgencia. Pienso, -continuó mi abuelo- que fue en ese momento, en que todo perdió sentido, cuando eligió dejar de hablar; cuando se enteró que la palabra amar se trastocó en odiar y el vivir, en un morir cada día. Enmudeció, al comprender que las palabras que llegaban a su boca carecían de todo significado, y ya no representaban esa realidad que ahora él no tenía ningún interés en construir. Entonces, creo yo, se hizo amigo del silencio y fue así que, al fin después de semanas, pudo conciliar el sueño. Lo que vino después, es lo que se puede ver cada día frente a esa puerta -dijo mi abuelo, indicando el acceso principal de la casa-. Deambula como alma en pena, acompañado sólo por ese bendito animal,

Laika le llaman los niños, y yo quiero creer que comparten nuestra comida, como un resabio de lo que fue nuestra amistad.

Después de escuchar ese dolido fragmento de vida humana, comencé a valorar el silencio tanto como la oportunidad de la palabra, aquella que dice sólo lo interesante de ser escuchado. Ese verano, me sincronice con la rutina de Chundo, y a media mañana me acomodaba en una banqueta bajo el parrón de la casa casi al momento justo en que, junto a Laika, hacía su aparición. Me habitué tanto a encontrarlos cada día en la puerta de casa, que, al volver con mis padres, a la distancia, a esa misma hora, me parecía verlos llegar.

La primera mañana en casa de mis abuelos de las siguientes vacaciones, me apresuré haciendo todos mis deberes y me apresté luego con gran ansiedad a la aparición de quienes ya consideraba mis entrañables visitantes. Me dispuse bajo el parrón y esperé. En un instante apareció la perrita Laika que se detuvo frente a la puerta de la casa con su aire de orgullosa invitada de honor y se sentó en su lugar habitual. Giró su cabeza hacia arriba mirando el espacio vacío que alguna vez ocupó el rostro ahora ausente de Chundo, mientras mi abuela caminaba hacia la puerta llevando un trozo de pan fresco de la mañana y que, al arrojárselo, la noble animal atrapó al vuelo sin dificultad. Torció su cabeza al frente, y al habitual ritmo acelerado de su amo ahora ausente, inició su rauda marcha calle abajo.